

El sitio cultural de LA NACION



Quiso ser boxeador, edita la revista underground *Moho* y prefiere leer a escribir. "Publicar es un acto impúdico", apunta. Foto: Yolanda Martínez

19.01.2008 |

## Elogio de la rabia

Literatura | Guillermo Fadanelli

### "El escritor es un dios mediocre"

**El mexicano, autor de *Malacara*, reivindica a la literatura como una extensión de la amistad, y propone el olvido de uno mismo**

Sábado 19 de enero de 2008 | Publicado en la Edición impresa

Guillermo Fadanelli es el chico malo de la literatura mexicana actual, un candidato a escritor "de culto" de quien nunca se sabe si lo suyo es la sinceridad, la farsa o la provocación. "Mis novelas surgen de la vagancia y del hecho de carecer de un fin trascendental en la vida" dice este boxeador frustrado, editor *underground* y admirador de John Fante y Robert Walser. Si, como propone César Aira, la grandeza de un escritor se mide con la vara de su propio "mito personal", es posible que algo poderoso haya en la frenética unión de vida y obra que recorre el trabajo de este mexicano agitador y cínico, capaz de cruzar el espíritu bronco y tequilero de las cantinas del DF con la hermenéutica blindada de Hans-Georg Gadamer. Autor, entre otros títulos, de las novelas *Clarisa ya tiene un muerto* (de adaptación cinematográfica en la Argentina, dirigida por Juan Pablo Martínez), *La otra cara de Rock Hudson*, *Educar a los topes* y del libro de relatos *Compraré un rifle* (estos tres últimos, editados por Anagrama), ahora Fadanelli reafirma su condición de alborotador profesional con *Malacara*, novela

inmoralizante que se cuenta a través del doble deseo del protagonista: matar a alguien, y convivir con dos mujeres en la misma casa. En el camino que lleva a ambas fantasías, Orlando Malacara ensaya un punzante elogio de la mentira, se inscribe como profesor en un colegio repleto de "lolitas" y, en definitiva, surca uno de los relatos menos edificantes de la ficción latinoamericana contemporánea, todo un monumento al placer de poner bombas allí donde la vida parece fluir entre sonrisas fingidas y gestos de falsa amabilidad.

**-Tras leer su novela, siento que estoy más intolerante, molesto y susceptible. ¿Usted quería que el lector se quedara así, después de leer Malacara?**

-El lector siempre es un desconocido, y me intimida cuando se vuelve real. Creo que los comentarios o reacciones que despierta la novela son apostillas que completan la obra, incluso forman parte de su historia. Lo que sí me molesta es que las sociedades sean cada vez más idiotas, pero ahí encuentro una virtud: nos obligan al exilio, entendido como "conocimiento de uno mismo".

**-"La escritura de una novela te vuelve un hombre desgraciado porque te afirma en la condición de un dios mediocre y porque sabes que podrías haber dedicado el tiempo a una actividad menos arrogante", escribe aquí. ¿Es su idea de la creación literaria?**

-Coincido con Malacara en que el escritor es un dios mediocre, pero eso no me ha hecho un ser desgraciado; al contrario, la literatura hace más tolerable el duro "inconveniente de haber nacido", como diría Cioran.

**-¿El escritor es un dios en el exilio?**

-Bueno, a mí me gusta imaginar la novela como un universo que ningún dios domina. Cómo escribir sin la pedantería del pequeño dios que crea mensajes y lleva al lector de la mano hacia una catarsis: ése, y no otro, es "el" asunto.

**-¿Qué otros escritores comparten esa idea?**

-Para mí la literatura es una extensión de la amistad, y por suerte hay una larga lista de autores que considero mis amigos, aunque no todos los libros que han escrito me interesan: Philip Roth, Thomas Bernhard, Jorge Ibarguengoitia, Rubem Fonseca, Roberto Arlt, Fernando Vallejo, entre muchos otros. Publicar -más que escribir- es un acto impúdico, sobre todo ahora que hay tanto ruido. Prefiero leer, aunque continúo escribiendo a causa de una costumbre maníaca, y porque todavía espero encontrarme en el futuro con un par de sorpresas.

**-En general, ¿cómo surgen sus novelas?**

-Mis libros nacen de un impulso ciego inexplicable, aunque cuando era muy joven deseaba ser escritor. Ahora odio a ese joven que tomó decisiones en mi nombre.

**-¿En qué medida la primera persona del relato se funde con sus propios rasgos personales?**

-Es verdad que comparto obsesiones con Malacara, sea el universo femenino, la ciudad, el placer efímero y la estupidez humana. Pero escribir en primera persona es una buena manera de ocultarse, porque el ruido que haces a tu alrededor termina por formar una cortina de humo que te permite escapar por la puerta de atrás. Te comportas como si la literatura fuera una de las ramas de la autobiografía, y organizas la fiesta en el comedor, pero tú comes en la cocina.

**-Pero, ¿escribe para confesarse?**

-Bueno, la verdad es que los secretos más perturbadores no se pueden transmitir, y la literatura es incapaz de hacer nada al respecto. Para Pessoa, un escritor que escribe sobre su vida íntima, sobre su biografía, es un maleducado. Debe utilizar su experiencia y sus confesiones, dice, sólo como un modelo para crear personajes de interés universal. Bien, yo soy un escritor maleducado, en casi todos los sentidos, pero no podría confesarme realmente a fondo usando la literatura para ello.

**-¿Qué haría si se encontrara con un tipo tan difícil como Malacara?**

-Trataría de hacerme su amigo, porque cada día que pasa encuentro menos interesantes a las personas. Casi todos son soldados de algún ejército.

**-"Cuando me detengo a pensar en el hecho de que he consumido mis días viviendo en la Ciudad de México, no sé si debiera tirarme a llorar desconsolado o si debiera, en cambio, sentirme orgulloso de haber sido tan temerario", se lee en su novela. ¿De qué manera esa ciudad influye en su obra?**

-El Distrito Federal es un tema que se te impone, no lo eliges. Vivir allí tiene algo de heroico, porque el bien común es un asunto casi olvidado y hay que vivir a contracorriente: el otro parece no existir y la rapiña es un ejercicio cotidiano. La cuestión es que, con el paso de los años, ese heroísmo se vuelve abnegación y tragedia. El DF es una mala broma de Dios, es un lugar donde se respira malignidad, rencor y violencia. En proporción a su tamaño los barrios habitables son muy pocos, y la corrupción y la injusticia son moneda común. ...ste es el escenario de la novela, y desde mi punto de vista, también el de la realidad.

**-El libro cuestiona el prestigio de la verdad y toma partido por la mentira. ¿Ese elogio alcanza a la ficción, entendida como una forma de la mentira?**

-Los escritores somos mentirosos de oficio. La mentira entendida como broma metafísica, como horizonte estético, por supuesto.

**-Dice Ricardo Piglia en Crítica y ficción: "No creo que existan escritores sin teoría: en todo caso la ingenuidad, la espontaneidad, el antiintelectualismo son una teoría, bastante compleja y sofisticada, por lo demás, que ha servido para arruinar a muchos escritores". En su obra parece haber un cierto desdén por la teorización, o al menos por su exceso. En este sentido, ¿qué piensa de lo que dice Piglia?**

-Piglia tiene razón. No hay escritores sin una mínima teoría que haga más noble su práctica. Y la crítica y las teorías literarias tendrían que considerarse ficciones, como también lo son las novelas con armadura de ensayo. La desgracia es que, como en todos

los campos, nos enfrentamos de pronto a teorías sin gracia, palabrería interminable y especulación idiota. No siento ningún desdén por la teorización, siempre y cuando posea gracia y sencillez. Y la sencillez debería ser consecuencia de una estrategia compleja. A algunos les gusta exhibir los andamios, a otros no, pero creo que siempre hay un trasfondo teórico.

**- "Supongo que un hombre sabio es quien resulta capaz de olvidarse de todos los asuntos: cuantos más asuntos pueda uno tirar en el fondo de un saco más cerca estará de la sabiduría." ¿Usted escribe para olvidar o para recordar?**

-No podría describirlo en una frase, pero me gustaría volverme loco y olvidar que voy a morir, que mis padres murieron y que las mujeres más hermosas que conocí se han hecho tan viejas como una montaña. Creo que entonces sería totalmente feliz, no en el cuidado, sino en el absoluto olvido de uno mismo.

**Por Leonardo Tarifeño  
Enviado especial**